

## **Horizontes que transforman: el encuentro entre filosofía, fe y misión en África**

**Pablo Alan Baca Ramírez**

**UPAEP**

La misión en Mashuru, Kenia, fue un verdadero proceso de inserción cultural, de contacto con otra cosmovisión y de encuentro con la riqueza humana y espiritual de los pueblos masáis. Allí descubrimos que la fe no borra las tradiciones, sino que las ilumina y las lleva a plenitud. Cada espacio visitado las escuelas, las celebraciones litúrgicas, las casas o jumonias fue una oportunidad para reconocer que la cultura no es una teoría abstracta, sino un modo concreto de narrar la vida y de responder al misterio de la existencia. En este sentido, la misión se convirtió en un espacio de diálogo fecundo: no de imposición, sino de encuentro, donde la Buena Noticia de Cristo se encontró con las semillas del Verbo ya presentes en los pueblos, “la cultura es ese conjunto de signos en que una comunidad se reconoce y reconoce a los demás, es el ámbito simbólico en el que el ser humano se narra a sí mismo” (Ricoeur, 2003). En Mashuru, esa narración cultural se hizo visible en los cantos, en la música, en los colores de la vestimenta, en la educación, en la espiritualidad compartida y, sobre todo, en la hospitalidad de una comunidad que refleja que, en la diversidad de expresiones, late un mismo anhelo de verdad y trascendencia.

Hospitalidad: el tiempo se mide en chai

Desde el primer momento fuimos recibidos con la calidez propia de los pueblos masáis. La hospitalidad, en este contexto, no es un gesto protocolario, sino un elemento constitutivo de la vida comunitaria. En cada casa o escuela se nos ofrecía

chai, un té negro con leche que se sirve hirviendo. La costumbre es beberlo en pequeños sorbos, lo cual prolonga naturalmente la visita, porque el compartir no se mide en relojes, sino en conversaciones y silencios que fortalecen los vínculos. Beber chai es entrar en un ritmo distinto del tiempo, un tiempo relacional, donde lo esencial no es la prisa, sino la presencia.

En ocasiones, el té se acompaña de pilao, un arroz cocido en caldo y carne de chivo y ugali que es un alimento básico elaborado a partir de harina de maíz que se cocina hasta obtener una masa espesa y consistente, similar a una pasta firme. Ambos alimentos constituyen unos de los platillos típicos de la región. Estos alimentos, sencillos en apariencia, son en realidad símbolos de la generosidad masái, se comparte lo mejor de lo que se tiene. En esta experiencia descubrí que la misión no es un acto unilateral, sino un diálogo profundo con un mundo que me recibía como extranjero, muzungu y, al mismo tiempo, como hermano. En palabras de Edmund Husserl, “toda conciencia es conciencia de algo” (Husserl, 1913/1997, §84). Estar en Mashuru significó orientar mi conciencia hacia un mundo que se abría con toda su densidad histórica, cultural y espiritual, y dejar que esa experiencia transformara mi propia forma de ser y pensar. La filosofía, entonces, se volvió inseparable de la vida, y la misión, inseparable de la reflexión filosófica.

Educación: soñar desde las raíces

Visitar las escuelas primarias y secundarias fue otra lección de vida. Más allá de dar una clase, el objetivo fue doble: primero, reconocer con los niños la belleza de la creación, descubrir en la naturaleza y en su vida cotidiana la huella de Dios; segundo, invitarlos a soñar, a identificar aspiraciones y medios para alcanzarlas.

Lo admirable fue que la educación masái no rompe con la cultura, sino que la respeta e integra. Cada escuela cuenta con un coro y un grupo de danza masái. Los coros

cantan en maa (la lengua masái), en swahili y en inglés, mostrando la riqueza de la identidad multicultural. La danza, por su parte, conserva los saltos y cantos ancestrales que transmiten valores comunitarios.

Uno de los momentos más alegres fue cuando compartimos música regional mexicana. Los niños, entre risas, comenzaron a bailar espontáneamente al ritmo de los sones, mezclando pasos africanos con nuestro zapateado. Aquello mostró que la educación es también un espacio de encuentro intercultural, donde la música se convierte en puente de fraternidad.

(Freire, 1970/2014, p. xx). afirmaba que “la educación es un acto de amor, y por tanto, un acto de valor”. Esa frase encontró carne en Mashuru: enseñar y aprender se vivía como celebración y como respeto a la tradición.

El cuerpo que canta y danza: la liturgia masái

Uno de los momentos más significativos fue la participación en la misa celebrada con la comunidad masái. La liturgia se vive allí con un profundo sentido comunitario: no es solo un rito religioso, sino una expresión de identidad cultural y de fe encarnada en la vida cotidiana. La celebración inicia con cantos en maa, acompañados de palmas y suaves danzas que abren el corazón al misterio.

Los hombres y mujeres se visten con shukas, telas tradicionales de vivos colores, especialmente rojos y azules. El rojo posee un simbolismo particular: es el color de la vida, de la sangre que da fuerza y continuidad a la comunidad. En la misa, este color se convierte en signo visible de unidad, recordando que la fe cristiana no borra la identidad masái, sino que la asume y la dignifica.. Así, la liturgia no se percibe como un rito ajeno, sino como un espacio de inculturación de la fe, donde se confirma lo que señalaba Romano Guardini (Guardini, 1959, p. xx). “la liturgia no es

una idea, sino una forma de vida". En Mashuru, esa forma se reviste de cantos, colores y símbolos propios de la cultura masái.

La liturgia es un lenguaje vivo en el que cuerpo y espíritu se entrelazan en una misma alabanza. Cada gesto, canto o silencio revela una manera de situarse ante Dios y ante la comunidad, tal como recuerda el salmista: "Alabad al Señor, que la música es buena, nuestro Dios merece una alabanza de los buenos" (Sal 147,1). Esta alabanza no se limita a la voz, sino que abarca al ser humano entero: cuerpo, mente y espíritu. En Mashuru comprendí que la fe se vive como un acto profundamente corporal: el cuerpo no es un accesorio, sino morada y camino de lo sagrado.

La fenomenología ofrece claves para comprender esta experiencia. Husserl recordaba que "toda conciencia es conciencia de algo" (Husserl, 1913/1997, §84); es decir, que toda vivencia es intencional y se dirige hacia un mundo. En la liturgia masái, el cuerpo no es un soporte pasivo, sino conciencia encarnada orientada a lo divino mediante el canto, el salto y el gesto. Esta intencionalidad se refleja en la musicalidad comunitaria: los cantos, entonados en kimaasai o en swahili y a veces con frases en latín, se acompañan de órganos, tambores, panderos, palmas y la fuerza coral de la asamblea. El estilo, de carácter responsorial, inicia con la entonación de una línea por parte del director del coro catequista, mujer o varón a la que responde toda la comunidad, integrando así a cada miembro en un mismo ritmo y oración.

Los movimientos corporales el balanceo, las palmas, los gestos y los famosos saltos de los morani (jóvenes guerreros) se transforman en expresión de alabanza. El resultado es una sonoridad intensa y rítmica que genera una atmósfera de comunión. La repetición de melodías breves, lejos de la melancolía, refuerza la oración y permite que toda la asamblea participe de manera plena y gozosa.

## Jumonias: la vida compartida

Participar de una jumonia no es un acto turístico, sino adentrarse en el corazón de la vida cotidiana masái. Allí enfrenté el desafío de comunicarme en inglés, swahili o maa, con dos caminos posibles: dejarme paralizar por el miedo o confiar en la fuerza del Espíritu Santo. Como dicen en las celebraciones masái: “Mungu ni mwema, kila wakati” (“Dios es bueno en todo momento”), la fe se vivía como certeza de que el amor de Dios trasciende toda lengua.

Las jumonias son también un espacio de comunidad cristiana. Vecinos y familiares se reúnen para reflexionar la Palabra de Dios, cantar, orar y compartir las intenciones de cada uno, aprendiendo juntos a vivir la fe. Esta forma de encuentro recuerda a las primeras comunidades cristianas descritas en los Hechos de los Apóstoles (2,46): “acudían al templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón”.

En estos espacios lo doméstico y lo simbólico se entrelazan: el fuego en el centro, las paredes de barro y los utensilios sencillos expresan un modo de habitar que integra lo práctico con lo espiritual. Escuchar a las familias narrar sus historias fue comprender que, como afirma (Gadamer, 1960/1993, p. xx). “comprender es siempre comprender de otra manera, a partir del horizonte del otro”.

Compartir la vida en las jumonias mostró que la filosofía no es solo discurso, sino una forma de vivir. Beber chai en pequeños sorbos, aprender canciones, observar los gestos y participar en la hospitalidad cotidiana permitió experimentar la filosofía de la cultura en carne propia. Como recuerda el Papa Francisco (Francisco, 2013, n. 10). “la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento”. Convivir en las jumonias fue descubrir que la comunión no se estudia: se vive.

## Encuentros con el Reino Animal en Mashuru

Mashuru no es solo tierra de humanos; es un espacio sagrado donde la creación entera habla del Creador. Desde el primer amanecer, los sonidos de la fauna, me recordaban que estaba frente a un regalo de Dios y cuando encontraba jirafas que se movían con elegancia entre las acacias, elefantes que avanzaban majestuosos por los valles, cebras que corrían en manadas y gacelas que saltaban con ligereza, era un recordatorio de la magnificencia divina y de nuestra responsabilidad de cuidarla.

No solo la fauna salvaje marcó mi corazón; los animales domésticos, presentes en cada jomonia cabras, burros, pollos, se convirtieron en compañeros de aprendizaje. Ellos enseñaban paciencia, responsabilidad y cuidado, mientras los masáis nos mostraban cómo integrarlos en su vida cotidiana con respeto y amor. Cada gesto de cuidado hacia los animales era también un gesto de fe: un recordatorio de que amar a toda la creación es también amar a Dios.

Hubo momentos en que, de pie entre manadas de camellos o frente a un ñu que cruzaba el valle, sentí un estremecimiento que solo puede describirse como espiritual: una certeza de que la vida es un don y que Dios se revela en cada criatura. Como decía San Francisco de Asís: "Hermano lobo, hermana ave" (Francisco de Asís, 1981, n. 263). Cada mirada, cada gesto de la fauna, se convirtió en oración silenciosa, en acto de gratitud y de reconocimiento del poder creador de Dios.

Estas experiencias no solo fueron educativas, sino profundamente formativas. Aprendí que la misión implica insertarse en la cultura de la creación tanto como en la cultura humana; que la filosofía puede surgir del asombro ante la vida; y que un aprendizaje significativo es aquel que toca la mente, el corazón y el espíritu. Mashuru me enseñó que la contemplación de la naturaleza no es un lujo, sino un

acto de inserción cultural y espiritual, un encuentro con el Reino de Dios que late en cada forma de vida

### Aprendizajes y resonancias personales

Cada día en Mashuru fue una invitación al descentramiento de mí mismo. En África pude experimentar que la vida solo cobra sentido en clave comunitaria. La célebre expresión africana Ubuntu “yo soy porque nosotros somos” se hacía carne en la vida cotidiana de los masái: en la comida compartida, en los niños que se cuidaban mutuamente, en la sabiduría transmitida y custodiada por los ancianos.

La sencillez de vida y la alegría en medio de las adversidades se convirtieron para mí en lecciones de humildad y apertura. Como seminarista, descubrí que la misión no es un dar desde arriba, sino un dejarse transformar en el servicio, aprender a reconocer el rostro de Cristo en los hermanos y colaborar en la construcción del Reino de Dios, la gran “civilización del amor” de la que hablaba San Pablo VI. En este sentido, cobran fuerza las palabras de san Juan Pablo II: “el encuentro entre el Evangelio y las culturas suscita una fecundación recíproca: por una parte, la Iglesia introduce en las culturas los valores del Evangelio, y por otra, asume lo que de bueno hay en ellas” (Juan Pablo II, 1990, n. 52). Al regresar a México, no volví con la sensación de haber entregado, sino con la certeza de haber recibido infinitamente más: la fe sencilla de un pueblo, su esperanza en medio de las pruebas y su testimonio vivo de fraternidad.

Estos aprendizajes dejaron también una huella educativa. En Mashuru confirmé que enseñar y aprender solo son auténticos cuando se hacen significativos, cuando parten de la experiencia vital y abren al diálogo entre culturas (Ausubel, 1963). La interculturalidad vivida con la comunidad masái me enseñó que educar no es transmitir conceptos, sino compartir vida, sembrar esperanza y caminar juntos hacia

la plenitud. Como recuerda el Papa Francisco en *Fratelli tutti*, (Francisco, 2020, n. 32). “nadie se salva solo, nos salvamos únicamente juntos” Esa convicción es la que resuena hoy en mí: misión, filosofía y educación encuentran sentido cuando se hacen servicio, encuentro y comunión en Cristo.





## Bibliografía

- Ausubel, D. P. (1963). *The psychology of meaningful verbal learning*. Grune & Stratton.
- Francisco de Asís. (1981). *Escritos, biografías, documentos de la época* (E. Menestò, Ed.). BAC.
- Francisco. (2013). *Evangelii Gaudium*. Vaticano.
- Francisco. (2020). *Fratelli tutti*. Vaticano.
- Freire, P. (2014). *Pedagogía del oprimido* (45.<sup>a</sup> ed.). Siglo XXI. (Obra original publicada en 1970).
- Gadamer, H.-G. (1993). *Verdad y método* (4.<sup>a</sup> ed.). Sígueme. (Obra original publicada en 1960).
- Guardini, R. (1959). *El espíritu de la liturgia*. Cristiandad.
- Husserl, E. (1997). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica* (Trad. J. Gaos). FCE. (Obra original publicada en 1913).
- Juan Pablo II. (1990). *Redemptoris Missio*. Vaticano.
- Pablo VI. (1975). *Evangelii nuntiandi*. Vaticano.
- Ricoeur, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido* (Trad. A. Neira). Trotta. (Obra original publicada en 2000).